

¿Teme al noble, ó usa solo  
con los débiles su cólera?  
Nada sabe: que las quejas  
son muchas, mas siempre sordas,  
y añade el de San Gil, timbres  
á su miserable historia.

## II

En el fondo de la calle  
del Comendador, grandiosa  
se alza una feudal vivienda  
con los blasones de Astorga.  
De la suntuosa casa  
muy cerca, se encuentra otra  
pobre y ruin, formando ángulo  
con una calleja angosta.  
Hay sobre la puerta un Cristo  
tallado en la piedra tosca,  
por eso del *Ecce-Homo*  
su nombre la casa toma.

.....  
Es de noche. Un embozado,  
recatándose en la sombra,  
avanza rápidamente  
hacia el palacio de Astorga.  
Ruido extraño, segun anda,  
síguete en marcha monótona,  
ruido seco y sostenido  
cual de dos huesos que chocan.  
Destácase un blanco bulto  
de la callejuela angosta,  
y llegando hasta el incógnito  
dice una voz temblorosa:  
—¡Para enterrar á mi padre...  
buen hidalgo, una limosna!  
y los sollozos la embargan,  
y las lágrimas la ahogan.  
—¿Y no entierran á tu padre  
porque es pobre? Tales cosas,  
ni suceden en Sevilla  
ni las creará quien las oiga.  
—No hay religion, no hay justicia,  
aquí, ni misericordia!!  
—¡Si el rey todo lo supiera  
justicia habria y de sobra!  
¿Cuánto há que murió tu padre?  
—¡Seis dias!!

—Seis dias?

—Sola

apenas murió, corrió  
sollozando á la parroquia:  
mi padre ha muerto, exclamé,  
Sepultadle.

—Y qué?

—Por toda  
ontestacion dijo el amo....  
¡que le pagase una dobla!  
Soy pobre, dije, señor:  
por la bendita memoria  
de Dios, y de vuestra madre,  
enterradle de limosna!  
Antes paga, repetia....  
paga a siempre!

—Y tú?

—Ya loca  
me arrojé á sus pies llorando  
y me arrastré por las losas.  
Temblad ¡Dios está en el cielo!  
le dije al fin, que su cólera  
no os alcance!.... Con espanto  
salí de vergüenza atónita....  
Y una horrible carcajada  
que lanzó su impura boca,  
pareció infernal seguirme  
á lo largo de las bóvedas.  
—Sigue....

—Una noche á mi puerta  
llegó con sonrisa hipócrita....  
¡por sepultar á mi padre  
vino á pedirme la honra!  
—Dónde está tu padre?

—Aquí....

Soy huérfana, pobre y sola....  
¡Me han arrojado de casa!  
—¿Quién es su dueño?

—El de todas....

El rey del barrio.

—¿Rey? mientes  
tú y cuantos decirlo osan:  
en Sevilla no hay mas rey  
que D. Pedro, ¿lo oyes, moza?  
Silbó y al instante un bulto  
de un callejon desemboca.  
—Quien vá.

—*Justicia y Castilla,*  
dijo muy cerca la sombra.  
Rompe esa puerta, le dice,  
y del Cristo esa luz toma....  
Es para alumbrar á un muerto,

no temas, que no se enoja.  
Cedió la puerta al empuje,  
franquearon su entrada lóbrega,  
cerróse..... y quedó la calle  
solitaria y silenciosa.

.....  
Sueran á poco, angustiosos  
los ayes de una congoja.....  
frases de consuelo..... el ruido  
de un cuerpo que se desploma.  
Reinó otra vez el silencio;  
alúmbrase entre las sombras  
por bajo la puerta el suelo  
con ráfagas luminosas,  
y en su dintél el incógnito  
llevando la luz, asoma  
y dice al otro que saca  
en sus brazos á la moza:  
—Cuida de ella: y en San Gil  
disponle suntuosas honras  
á Zapata, cual Sevilla  
jamás haya visto otras.  
Vista terciopelo y oro  
la iglesia de suelo á bóvedas;  
á su puerta, de ocho pies  
que abran al punto una fosa.  
Calcula que *un rey* ha muerto  
y no escasees la pompa,  
pues pienso que estas exequias  
han de pasar á la historia.

.....  
Luce á poco el alba: á muerto  
todas las campanas tocan.....  
cunde el asombro en Sevilla.....  
Ay ¡Dios sabe por quien doblan!

### III

Sevilla entera se agrupa  
á las puertas del gran templo  
donde por Sancho Zapata  
hacen funerales régios.  
Suenan solemnes los cánticos  
profundos que entonan dentro,  
las campanas de San Gil  
doblan sin cesar á muerto.  
Un sordo rumor alzóse,  
que de una calle al extremo  
viéronse llegar con priesa  
cercados de ballesteros

un rey de armas, secretario,  
un escribano, y tras ellos  
maese Pero de Chiclana,  
verdugo del rey D. Pedro.  
Mas á los pocos instantes  
trocóse en asombro el miedo  
cuando paró ante la iglesia  
aquel extraño cortejo.  
¿Para qué vendrá el verdugo  
á presenciar un entierro?  
Cortáronse los murmullos,  
se abrió la puerta del templo,  
y en dos filas continuadas,  
entre el rumor de los rezos,  
al pié de la sepultura  
fueron llegando los clérigos.  
Detrás marcha el arzobispo  
llevando al lado derecho  
al arcediano, que viste  
sus sagrados ornamentos.  
Alta la cruz, la manguilla  
y el estandarte van luego:  
todo avanza..... de los cirios  
entre el resplandor siniestro.  
En hombros, con triste pausa,  
llevan el suntuoso féretro,  
de tela de oro forrado,  
cuatro hidalgos escuderos.  
Cerrando la comitiva  
con manto, corona y cetro  
va el rey, seguido de nobles,  
infantes y caballeros.

.....  
La caja posan en tierra,  
ciñenla cordones negros,  
y lentamente en la fosa  
va pausada descendiendo.....  
Toca rechinando el fondo,  
suenan los últimos rezos,  
el arzobispo bendice  
por última vez el hueco.  
Y al irlo á cubrir, sombrío  
dice el rey:—Aun no, me temo  
que falta algo—sus ojos  
en el rey de armas poniendo.  
Saca éste un pergamino,  
desarróllalo en silencio.....  
percíbese la anhelante  
respiracion de los pechos.  
Palidece el arcediano,

ansioso se agita el pueblo.....  
y se oye de real sentencia  
el rutinario comienzo.

.....  
Ya llega al final: «*Nosotros  
dar una prueba queriendo  
de justicia..... y enfrenar  
tan horribles desafueros,  
Mandamos que por los crímenes  
de impostura, sacrilegio  
y vil traicion, Pero Sanchez,  
(que es su nombre verdadero)  
enterrado vivo sea  
juntamente con el muerto  
á quien por pobre ha negado  
sepultura, sin derecho.*»

Callaron todos, y solo  
de aquella ansiedad en medio  
resonó del arcediano  
el desesperado acento:

—¡Señor ¡he sido un infame!  
¡que el hacha corte mi cuello!  
¡Maténme vuestros soldados  
y me vereis estar quedo!

¡Pero no me enterreis vivo!  
y á las plantas de D. Pedro  
se arrastraba con angustia  
su vèsta talar asiendo.

—Arcediano de San Gil,  
dijo con terrible acento;  
asesinaste á tu hermano  
para subir á su puesto;  
profanaste los altares  
sin ordenarte de clérigo,  
y á las preces de la Iglesia  
pusiste mísero precio.

¡Impostor! ¡has mancillado  
cuanto hay de mas santo y bueno.....  
por honrarse con tu alma  
está impaciente el infierno!

Las sagradas vestiduras  
arráncale, sin respeto,  
tembloroso el arzobispo

ayudado por su clero.  
Apodérase el verdugo  
al instante de su cuerpo  
y en la fosa le derriba  
á pesar de sus esfuerzos.  
Ya no pudo el arcediano  
articular ni un acento,  
convulsa, helada su lengua  
la dejó el terror y el miedo.  
Saltó á la fosa el verdugo,  
púsole un pié sobre el pecho,  
con el azadon la tierra  
empezó á arrojar al hueco.  
Una maldición impía  
quedó ahogada bajo el peso  
de la tierra que agitaron  
terribles sacudimientos.  
Vaciló á tan brusco empuje  
el verdugo..... irguióse luego  
y en los bordes de la fosa  
apoyo buscó su cuerpo.  
La espesa capa de tierra  
revolvióse unos momentos,  
palpitantes asomaron  
por ella crispados miembros.  
Y á medida que el verdugo  
iba mas tierra añadiendo,  
menos marcado..... mas leve  
se hacia aquel movimiento.  
Al fin cesó, y los presentes  
llenos de pavor intenso  
en monton de tierra negra  
vieron convertido el hueco.

.....  
El rey montó en su caballo,  
abrióse el cordon estrecho  
de ballesteros y lanzas;  
desfiló aterrado el clero;  
los nobles se dispersaron.....  
siguió tras ellos el pueblo.....  
todos para sí decian:

*¡Es cruel ó justiciero?*

J. C. Y S.





## Alvarez de Castro.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1809 á 1810.)

I

¿Quién rige, potente el brazo,  
 las águilas del imperio?  
 ¿Quién pone en fragor la tierra  
 con tan pavoroso estruendo?  
 ¿Quién sobrepuja en las armas  
 á los mas famosos genios  
 desde el romper de la historia?  
 ¿Es el huracán su aliento?  
 ¿Tiene la fuerza del rayo  
 en el vibrar de su acero?  
 ¿Qué le impele? ¿Acaso intenta  
 en su vanidad soberbio  
 anticipar el destino  
 señalado al universo?  
 ¿O en su ambicion desatada  
 por los delirios de un sueño

se arroja á enclavar el mundo  
 de su diadema en el cerco?  
 Sintió arrogante el coloso  
 centellear su cerebro,  
 y vió al fulgor de su idea  
 dilatarse el firmamento.  
 —«¡Guerra! clamó enardecido  
 arrastrando á sus guerreros;  
 mis plantas en qué apoyarse  
 requieren dos hemisferios.  
 No habrá nacion que no rinda  
 dócil el erguido cuello;  
 y medirán los humanos  
 á mi albedrío su fuero;  
 y les daré por atarles  
 á mi diestra en nudo férreo,  
 monarcas de mi linaje  
 y nobles de mis pecheros.»

Y del simoun en alas  
vuela al africano suelo:  
qué mucho, pues, que el triunfo  
vincule á su audaz esfuerzo,  
si en la sollamada arena  
probó fulmíneo el acero.  
A las ateridas zonas  
vuela despreciando riesgos:  
¡lleva la muerte á su empresa  
sometida como dueño!

Y los baluartes rompe,  
y arrolla pueblos y pueblos,  
y de su poder juguete  
las razas hace y los cetros.  
Nada resiste al empuje  
de su acometer frenético:  
señálanse su carrera  
con un profundo sangriento,  
¡la hendidura de su planta  
en el sepulcro de un reino!

.....  
.....  
.....

¡Ah! la magnífica patria  
de la nobleza y del genio,  
la que jamás sufrió el yugo  
de usurpador ó extranjero,  
y el panteon de la gloria  
con la suya hizo pequeño;  
la que sin par en valía  
vino á declinar, haciendo  
las giras de sus banderas  
banderas de cien imperios,  
¿no correrás generosa  
al clamor del universo,  
que cifra en tí la esperanza  
de encadenar al soberbio?  
¿No miras que ya el coloso  
se atreve á rasgar tu seno;  
él, que se brindó tu amigo  
para dominarte pérfido?  
Alzate, ardiente matrona,  
entónese el himno bélico:  
¡Guerra! las corrientes todas  
ríndanse al mar repitiendo.  
¡Guerra! murmure irritada  
la caudalosa del Ebro;  
y dilatándose ¡guerra!  
en las ráfagas del viento,  
imperativa retumbe

del hogar bajo los techos;  
y los animosos siempre  
y leales, dejando férvidos  
por la espada el curvo arado,  
la oliva por el trofeo,  
truequen del francés altivo  
en túmulo vil el suelo.

## II

• Pagados de su arrojo los valientes  
de Jena, de Austerlitz y de Marengo,  
sobre la fiel Gerona se arrojaron  
ganosos de botín y de trofeos.  
Y al contemplar, fiados en su fuerza,  
el muro endeble del humilde pueblo  
¿resistirán, decían, al empuje  
del valor indomable? Mas el eco,  
desatándose en lenguas vibradoras  
llena con un pregon el universo:  
«¡Ah del tirano! á su sangrienta gloria  
una tumba dará el hispano esfuerzo,  
y esos breves collados que profana  
cerrarán de sus águilas el vuelo.  
Hoy que la pátria en su defensa invoca  
el honor, patrimonio de los buenos,  
como tales salgamos á la lucha  
á vengar los ultrajes con el hierro.  
De mil hazañas la memoria viva  
fuerzanos á seguir un alto ejemplo;  
¿nos harán menos grandes esas huestes  
que á Sagunto y Numancia otras hi-  
[cieron?

Huya quien mas valore la existencia  
uncida la cerviz al cautiverio  
que con la frente libre y engarzada  
en laureles, alzarse al mausoleo.  
No son de tolerar en españoles  
torpes querellas que arrebatara el miedo:  
¡en la cuna del Cid y de Pelayo  
los que lo quieren solo son pequeños!  
A cañonazos, que el honor lo exige,  
los mensajes de paz rechazaremos,  
y morirá quien á decir se atreva  
de capitulación ó rendimiento.»  
Así Alvarez de Castro el gran patricio  
digno responde al adversario reto,  
y sus palabras vuelan á incrustarse  
de la fama en los mármoles eternos.

Acaso de Guzman los sacros manes  
 Alvarez contempló romper el vuelo  
 y en la esfera inmortal del heroísmo  
 grabar su nombre con buril de fuego.  
 ¿Qué semejarse puede á la bravura  
 que logró despertar hasta en los menos  
 esforzados, aunque él ya de la vida  
 la fatigosa cumbre iba subiendo?  
 Mas no la nieve cubre la cimera  
 del monte y un volcan cierra en el seno?  
 Y el sacerdote y la doncella pura  
 aun mas que de la aurora el rayo tré-

[mulo

antes de matizar el árdua cima,  
 y el que se encorve de la edad al peso,  
 hasta la tierna y candorosa infancia  
 como el brotar, tan tímida de un pétalo,  
 á la defensa todos se lanzaron  
 heridos de patriótico ardimiento.  
 Y todos de los lauros inmortales  
 las sublimadas sienas se ciñeron:  
 por mucho que esforzarse un pueblo

logre

nunca superará tanto denuedo.  
 Y el caudillo francés que entre dos soles  
 de la ciudad juzgara hacerse dueño,  
 sin parar que no trueca en formidable  
 al pecho el muro sino al muro el pecho,  
 vió tres partes de un año ya apuradas  
 sin romper aquel círculo de hierro.  
 Y vió en escombros la batida plaza  
 y en triturado polvo de los vientos  
 á merced los hogares, y ninguno  
 teníanse de pié los parapetos.  
 Y vió por los valientes defensores,  
 agostada la flor de sus ejércitos;  
 sobre cada monton de sus cadáveres  
 de gerundenses cuenta solo un muerto.  
 ¿Qué fué de la embestida tan terrible?  
 ¿El valor y la fuerza qué se hicieron?  
 ante un puñado de valientes roto,  
 sin brillo el estandarte del imperio.  
 Que si llega á ondear sobre Gerona  
 no fué de timbres, de ignominia lleno.  
 ¡Salve! el famoso de feliz renombre,  
 de los heróicos grande! Salve! oh, pueblo:  
 La noble, y rica con tu gloria, España  
 erígete sarcófagos soberbios  
 y esculpe en ellos su epitafio el mundo:  
 «El hambre le rindió, nunca el acero.

¡Alvarez el gran patricio!  
 si hasta el alcázar supremo  
 donde los mártires moran  
 llega el entonar del plectro,  
 y la magnánima frente  
 te es dado inclinar al suelo,  
 atiende como resuena  
 tu nombre de extremo á extremo  
 y cual de entusiasmo ricos  
 á tu glorioso recuerdo  
 palpitan los corazones  
 con santo estremecimiento.  
 ¡Mártires que lanza al mundo  
 con mano próbida el cielo!  
 ¿cómo os negarán los hombres  
 ferviente un culto y eterno  
 si llegais á ser la egida  
 en la causa de los buenos?  
 Descubrid los de grandeza  
 y de fé, sagrados tiempos,  
 á los que en deliquio miran  
 su lábaro decayendo,  
 descubrid libre á los ojos  
 el no apurado secreto.  
 ¿Qué mucho que un alma ardiente,  
 falta de luz y de aliento,  
 quiera beber á raudales  
 en un corazon de fuego?  
 Y solícito se encumbra  
 en éxtasi el pensamiento  
 á contemplar del pasado  
 reanimarse el esqueleto.  
 Y á descubrir se le alcanza,  
 roto el embozado velo,  
 los palpitanes colores  
 de un cuadro..... ¡cuadro siniestro!  
 Desmaya al dolor la lira,  
 y anuda en tan triste extremo  
 al arrebato de un himno  
 un melancólico treno.  
 Cierra el fuerte de Figueras  
 en un recóndito estrecho  
 al defensor memorable  
 de Gerona en cautiverio.  
 ¿Pudo jamás el destino  
 estremarse en el tormento  
 que palpitando á la vida  
 en el cóncavo de un féretro?

Moribundo sufre Alvarez  
 en el granítico lecho,  
 ciñenle sus miembros todos  
 con ligaduras de hierro.  
 Por grande le daba el mundo  
 en Gerona resistiendo;  
 ¿cuanto mas no le apreciara  
 verle animoso y sereno  
 acercarse al infinito  
 con la cruz del sufrimiento?  
 Que ya el déspota sañudo  
 por vengar su roto imperio  
 en hecatombe le muestra  
 de sus rencores sangrientos.  
 Dice en mengua de la fama  
 el sacrílego decreto,  
 y con alevosa mano  
 hiere el infame instrumento.  
 Empaña la muerte impía  
 con el enturbiado aliento,  
 el rostro limpio y augusto  
 del venerable indefenso.  
 Murmura apenas cortados  
 algunos tíbios acentos,  
 patria..... libre..... se sucede  
 un funerario silencio.....  
 ¡Se han roto las ligaduras

que atan á un alma y á un cuerpo!  
 Y resuena en el recinto  
 dos veces un golpe seco  
 ¡dos veces que la cabeza  
 hirió sobre el pavimento!  
 ¡La del héroe, y la del mártir  
 dos coronas .... fama. ... cielo.....  
 pocos hallaran mortales  
 mas del dolor, ni mas premio.  
 ¡Como á los ojos gustaran  
 en su funerario lecho  
 los desgarrados girones  
 del imperial paramento!  
 ¡Quién sabe si en la escondida  
 huesa, los humanos restos  
 han venido á reclinarse  
 en las reliquias de un cetro!  
 ¡Alvarez, alma divina  
 templada en el pátrio fuego!  
 pues las legítimas glorias  
 se agigantan con el tiempo,  
 siempre durará tu nombre,  
 que son laureles eternos  
 laureles que vivifica  
 la santidad del derecho.

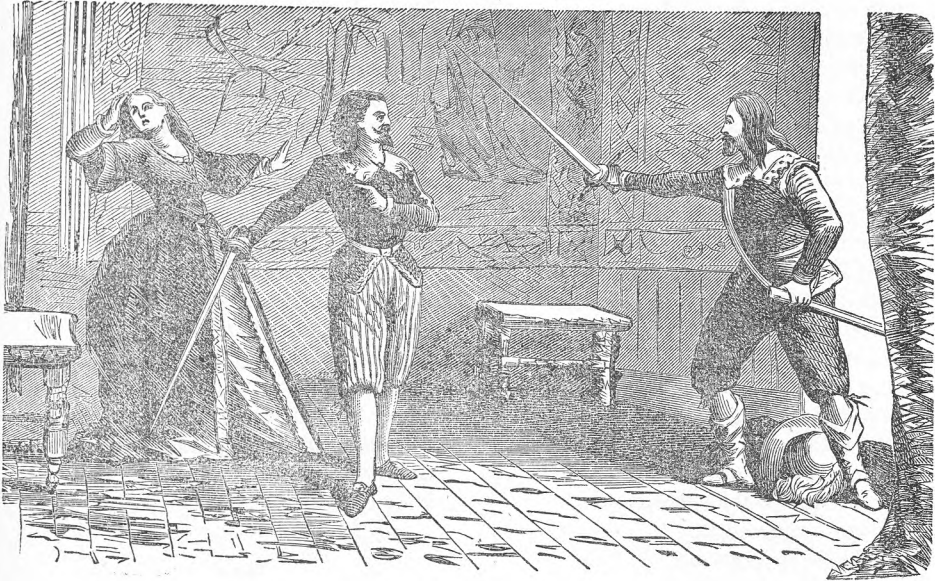
N. M.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
 LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
*Carretas, 9.*

MADRID: 1872.  
 IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,  
*Bordadores, 7.*



## Una aventura de Olmedo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1620 á 1630.)

I

Entre aplausos y requiebros  
gozando está en Talavera  
Luisa Robles la fortuna  
de ser hermosa y discreta.  
Fueros de primera dama  
en los corrales sustenta.  
y bien puede en los estrados  
pasar por dama primera,  
que es mas honrada que quieren  
los muchos que la requiebran.  
Cobrador es su marido,  
y aun añaden malas lenguas  
que el afán de la cobranza  
le cuarteó de manera,  
que no pondria reparo

en cobrarse de cabeza  
una entrada mas confusa  
que la entrada de una escuela.  
Muchos le tienen por malo  
cuanto á la Robles por buena  
y dicen que de advertido  
nunca regaña con ella.  
Ve que la siguen galanes:  
ve que la mandan esquelas,  
y ve por fin cuanto pasa  
puesto que cobra á la puerta,  
mas no hay miedo que se enoje  
pues la estima por Lucrecia,  
y tiene en poco á los celos  
porque de gorra se asientan.  
Entre enamorados pajes,  
el del conde de Oropesa



por la dama anda perdido,  
tan saturado en comedias,  
que en la casa donde sirve  
parece paje de pega,  
y solo en el corral tiene  
todo el gusto de sus fiestas.  
De linajudos abuelos  
corre la sangre en sus venas,  
y por honrarla se ajusta  
la ropilla y la conciencia.  
Con alientos de soldado  
tiene ínfulas de poeta,  
y un corazon tan fogoso  
que hace humos á la cabeza.  
Desde que á Luisa conoce  
hace de amor penitencia,  
y en lugar de aloja y vino  
bebe los vientos por ella.  
Mas gasta el amor en balde,  
que aunque la dama le atienda,  
y le mire con regalo,  
y le hable sin aspereza,  
guarda la honra de modo  
que á ser la Cava tan cuerda  
no dejara junto al Tajo  
una memoria tan negra.  
El pobre Alonso de Olmedo  
se pierde en esta tormenta  
que aunque ciego, asoma un ojo  
por debajo de la venda,  
y ve que su Luisa guarda  
tierno corazon de cera  
dentro del muro de un pecho  
que la honra en diamante trueca.  
Llega el dia, ó mas bien dicho,  
la noche, en que á Talavera  
la compañía abandona  
por ir mas allá una legua.  
En el meson donde habitan  
mueven animada gresca  
las damas, en sus jamugas  
para el camino dispuestas,  
los galanes á pié firme,  
los barbas en la carreta,  
entre chismes y tramoyas  
de su solar claro emblema,  
y el autor pagando en voces  
al huésped picos de cuentas  
porque tomarle no quiere  
sobre Melilla unas letras.

Uno gruñe: el otro amaga:  
dá gritos la mesonera:  
corre el mozo á buscar trunca  
que dirima la contienda,  
y cerrara de seguro  
un mal temporal de piedra  
si el paje Alonso de Olmedo  
no apareciese en la puerta.  
—Ténganse al rey—dice á todos,  
mostrándole en la moneda,  
y obtienen las armas reales  
una victoria completa.  
Entónces al autor busca,  
su ajuste con él concierto  
de galan, pues acredita  
que sabe serlo de veras,  
y sale la comitiva  
con mucho aplauso y gran fiesta  
de los que van sin chichones  
y los que pagados quedan.

## II

Entre triunfos y percances  
caminan de pueblo en pueblo  
galanes, damas, apuntes  
y otras partes de por medio.  
Mucha fama logra Alonso,  
porque pinta con tal fuego  
sus amores á la dama,  
que parecen verdaderos,  
y aun hay graciosos que dicen  
á los que quieren saberlo,  
que jamás galan se ha visto  
que trabaje con mas celo;  
que en los caminos la sirve  
diciéndole en prosa y verso  
mas flores que Mayo pinta  
en las faldas de los cerros;  
que en todos los malos pasos  
sale á quitarla el tropiezo,  
aunque con tan poca suerte  
que á veces suele ponerlo;  
que anda estudiándola el gusto,  
tan hostil con su dinero,  
que ahorrar no puede una blanca  
aunque vive como un negro,  
y en fin, que si algun cuitado  
llega á hablarla sin respeto,  
ya tiene de cardenales

seguro acompañamiento.  
Bien la dama se le inclina,  
pues tal vez sin conocerlo,  
con sus lisonjas se emboba  
y se aflige con sus celos.  
Cuando imagina un peligro  
le pide ayuda y consejo  
y cuando ríe se ríe  
solamente para Olmedo.  
El cobrador, su marido,  
hace alarde de discreto  
guardando amistad estrecha  
con el pródigo mancebo,  
y si alguno le pregunta  
la razón de su sosiego,  
con tal arte le contesta  
que al fin le impone silencio.  
Dice que mujer querida  
honra á su marido, haciendo  
notar que tuvo buen gusto  
y dicha segura en serlo;  
que como los dos son uno,  
querer á cualquiera de ellos  
es afición admisible,  
porque hace en los dos efecto:  
que si á la mujer regalan  
goza el cónyuge el obsequio  
de ahorrar un gasto seguro  
ó de aumentar un provecho;  
y si la sirven, y sufren,  
y defienden sus derechos,  
el marido es quien excusa  
servicios y sufrimientos;  
que todo está en ser honrada  
la mujer, pues si por medio  
hacen entre dos el gasto  
él goza su gusto entero.  
De pasar á Vélez-Málaga  
toman un día el acuerdo  
y estiman prudente que uno  
haga el ajuste primero.  
Para lograrlo es preciso  
que lleve poderes plenos,  
y que por mar adelante  
gastos, molestias y tiempo.  
El cobrador, que imagina  
sin duda lucrar el riesgo,  
y ve ocasión en el trato  
de poder dársele bueno,  
con comisión se queda

y se embarca sin recelo,  
fiado en que en su cabeza  
no puede caber mareo.  
Mas el diablo, resentido  
de que burlase su empeño  
y no mirara á la costa  
donde eran los moros ciertos,  
hizo que en una fragata  
vinieran á sorprenderlo  
y á su tierra lo llevasen,  
que fué llevarle al infierno,  
pues bajo la media luna  
es puntiagudo el tormento.

### III

Han pasado algunos años;  
Alonso y Luisa en Granada  
son representando, amantes,  
mujer y marido en casa.  
Del cobrador indagaron  
la suerte, y no habiendo trazas  
de acudir á su rescate  
por no haber dejado blanca,  
esperaron su regreso  
haciendo su ausencia honrada,  
pagándose con halagos  
de posibles esperanzas.  
Compañeros del cautivo  
trajeron nuevas muy claras  
de que pagó en los infiernos  
la letra de sus cobranzas.  
Hubo duelo, después boda,  
luna de miel acabada,  
que lo que se ansía mucho  
antes logrado se gasta,  
y al cabo de los tres años  
piensan solo en hacer casa  
reponiendo bolsa y vida  
para la edad de las canas.  
Hablando están de su hacienda  
en una apartada estancia  
cuando un fuerte aldabonazo  
suspende á los dos el habla.  
—¿Quién es?—Un pobre cautivo—  
les contesta una voz ágría,  
y el uno al otro se miran  
y el uno al otro se espantan.  
Hasta el zaguán bajan juntos:  
Olmedo lleva la espada,

abren, y lanzando un grito  
 quedan como dos estátuas.  
 Es el marido de Luisa,  
 el mismo en cuerpo y en alma  
 tan vivo y tan verdadero  
 como no hay otro en Granada.  
 Hoja corta de Albacete  
 lleva en las manos crispadas  
 y la sangrienta pupila  
 fija en la Robles su llama.  
 Mas Olmedo se repone,  
 cubre á Luisa puesto en guardia  
 y así al cautivo le dice  
 con voz firme y sosegada.  
 —No busqueis la parte débil  
 porque mi pecho la guarda  
 y podeis en el camino  
 hallaros una estocada.  
 Vuestra mujer no he tomado  
 que ella os honró las espaldas  
 y solo en lutos de viuda  
 favor logré de palabra.  
 Bendiciones de la iglesia  
 nuestros lazos aquilatan  
 y la dí de esposa nombre  
 sin que tuviera el de dama.  
 Ved si en paz vais á admitirla  
 puesto que os la vuelvo honrada  
 con la mitad de la hacienda  
 que para vivir os basta.  
 De otra manera yo juro  
 sobre la cruz de mi espada  
 hacer su viudez tan cierta  
 que no volvais á negarla.—

Mohino le oye el cautivo,  
 que es en verdad cosa amarga  
 tomar mujer que otro tuvo  
 sin sér viuda ni liviana,  
 y hacerse atrás no es posible  
 que por sus pecados se halla  
 colocado en grave aprieto  
 entre la Luisa y la espada.  
 La pobre mujer sin culpa  
 gime, llorando más agua  
 que por valles y praderas  
 arrastran Duero y Jarama.  
 Con dos maridos se encuentra  
 en ocasion tan aciaga,  
 que el mejor se la despide  
 y el peor la juzga mala.  
 Solo Alonso satisfecho  
 feliz solucion aguarda  
 del lance, llevando pruebas  
 tan gustosas como estrañas.  
 En fin el primer marido  
 piensa las cosas con calma  
 y encuentra venirle ancho  
 el cobro de las ganancias.  
 Inclinando la cabeza  
 con voz ténue y apagada  
 otorga el recibimiento  
 de la mujer que lo abraza,  
 y Olmedo á caballo sale  
 por las puertas de Granada  
 viudo y soltero, pensando  
 en lo que deja á la espalda.

J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
 LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
*Carretas, 9.*

MADRID: 1872.  
 IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,  
*Bordadores, 7.*



## El soplo de la muerte.



(ROMANCE HISTÓRICO-TRADICIONAL.)

(1539.)

I

Camino va de Granada  
lucido y grave cortejo,  
que maravilla á los campos,  
y preocupa á los pueblos.  
Y no es que España se asombre  
de su grandeza, que há tiempo  
que ve pasar por sus calles  
muchas que parecen sueños.  
De Cristóbal Colon vive  
en su memoria muy fresco  
el triunfo con que á palacio  
llevó un mundo por trofeo.

Aun vé la gallarda sombra  
de aquel Francisco, el primero  
de Francia, que entró en Castilla  
como el último del reino.  
Nada sus ojos deslumbra,  
que á nadie lo propio es nuevo,  
y diz que el sol no se pone  
nunca en los estados nuestros.  
Si tiene Italia señores,  
de Carlos V son siervos,  
si es grande Alemania, él lleva  
la diadema del imperio,  
y porque Africa no escuse  
rendir á sus glorias feudo,

de sus ardientes arenas  
guarda laureles eternos;  
los que estas hazañas logran,  
los ojos que vieran esto  
nunca rinden vasallaje  
de la grandeza á los fueros.  
Si camino de Granada  
les preocupa un cortejo,  
no es por la fúnebre pompa  
con que conducen un féretro;  
es porque en el van las dichas  
del César, es que en su seno  
la virtud lleva á la tumba  
lágrimas de todo el reino.  
La emperatriz ya no existe:  
guarda el ataud sus restos;  
del alma el cielo dispuso,  
Granada espera su cuerpo.  
De su custodia encargado  
va el mas gentil caballero  
de Castilla, á quien el César  
mas estima como bueno.  
Marqués de Lombay le llaman  
por razon de su derecho,  
y tal vez por recordarle  
las hazañas de sus deudos;  
porque tiene enmohecido  
de sus armas el acero  
y su corcel nunca rije  
en las lides y torneos.  
En vano en sus galas buscan  
emblemas de un galanteo,  
que el amor viste colores  
y su color es el negro.  
Que á la virtud rinde culto  
afirman los más discretos:  
algunos hay que sospechan  
oculta grave misterio,  
y no falta quien afirma  
que dá resplandor siniestro  
de cierta pasion menguada  
el bien combatido fuego.  
Sus ojos ardientes lloran  
alguna vez en secreto,  
palidecen sus megillas,  
y se consume su cuerpo.  
Dicen que del sólio emana  
el móvil de su tormento,  
que solo hablara á la Reina  
la vista inclinando al suelo,

hábito equívoco que unos  
tradujeran por respeto,  
y otros por cuerda cautela  
de quien tiene al mirar miedo;  
mas nadie al Marqués acusa  
de desleal caballero,  
si es verdad que sufre y calla,  
calla y sufre como bueno.  
Don Carlos, que leer sabe  
de los hombres en el pecho,  
con su amistad honra al jóven  
sin doblez ni fingimiento;  
ó lo de su amor es fábula,  
ó su noble triunfo es cierto:  
virtud que combate y triunfa  
honra es delante del cielo.  
Hé aquí el interés que ofrece  
aquel fúnebre cortejo  
que camina hácia Granada  
acercando en lazo estrecho  
por orden de Carlos V,  
del corazon un misterio,  
con una cruz y un cadáver  
bajo un sudario de hielo.

## II

Noche oscura y tormentosa  
se anuncia en el firmamento:  
solo el huracan ataja  
la furia del aguacero.  
Ninguna cercana aldea  
brinda un albergue. A lo lejos  
solo muestra el horizonte  
un torreón sobre un cerro.  
A él llega la comitiva  
presa de cansancio y sueño,  
y halla hartó mal acomodo  
porque es su recinto estrecho.  
Desmantelado y ruinoso  
está el castillo; su dueño  
allí aposentó un criado  
para cuidar de un leñero.  
En la más decente estancia  
bajo artesonado techo  
que una lámpara ilumina  
con vacilantes reflejos,  
el ataud se coloca  
por el Marqués con respeto.  
Manda que descansen todos,

él solo á velar dispuesto,  
y aparentando obediencia  
van desfilando contentos.  
Detrás del último jira  
la puerta; sus goznes viejos  
lanzan áspero chirrido  
que repiten muchos ecos  
en las bóvedas vecinas  
y van lejanos muriendo.  
Solo de Francisco late  
el corazón allí dentro;  
su rostro ocultan las manos,  
toca su rodilla el suelo.  
¿Reza, ó llora? ¿Qué le oprime?  
¿Es rudo dolor ó miedo?  
No es temor. No se da cuenta  
del ruido estridente y seco  
con que las ventanas gimen  
azotadas por el viento.  
De la lámpara no escucha  
el leve chisporroteo,  
ni ve su luz que agoniza  
ahogada en círculo estrecho,  
ni cómo las sombras crecen  
llenas de horror y silencio.  
Y sin embargo le agita  
nervioso sacudimiento,  
é insistente, febril, loco  
se encoje y dilata el pecho.  
Ruda batalla sostiene  
con un tenáz pensamiento,  
al nacer fútil antojo,  
al crecer torrente fiero.  
Ver el cadáver quisiera,  
más vedásele el respeto.  
¿Y á quién? ¡Si no ven sus ojos!  
¡Su corazón esta yerto!  
Su majestad ya no existe  
porque se pierde en muriendo!...  
Mas Dios la guarda, el sudario  
de la eternidad es sello,  
levantarle equivaldría  
á profanar sus misterios.  
¡Jamás!... Loca fantasía  
da á los escrupulos cuerpos:  
ver, solo ver, no es delito,  
acaso sea remedio,  
que enseñanzas de la muerte  
hacen eterno el provecho....  
Mas ¿y la fé prometida?

¿Es de leal caballero  
hacer lo que á otros impide  
la custodia en que le han puesto?  
Y la soledad convida,  
la falta amengua el secreto....  
No, no está solo. A Dios oye  
en su conciencia, en el trueno,  
que hace temblar al castillo  
sobre sus flacos cimientos.  
Un sonido imperceptible  
que ahogado nace en el féretro  
corta el curso de sus dudas,  
su indecision resolviendo.  
A informarse del oído  
acude pálido y trémulo....  
¡No es ilusión! ¡Se renueva  
del ataúd en el seno!  
¡Allí hay vida; no hay sonidos  
en donde no hay movimiento!  
Abre en fin..... y retrocede  
con semblante descompuesto.  
Aquella brillante antorcha  
que ornato fué del imperio,  
aquella majestad digna  
de Carlos, aquel portento,  
es hediondo cadáver  
que á la piedad pide un velo.  
Vidriados no estan los ojos  
porque ojos no hay en sus huecos;  
rotas tiene las arterias,  
todo es ruina y desconcierto.  
¿A que seguir si la muerte  
puso en afearla esmero?  
Ni aun describir sus horrores  
puede el humano concepto.

### III

Como las olas se apagan  
en las arenas del puerto,  
como en el espacio agota  
bravura y fuerzas el viento,  
así del Marqués se aquietan  
los vehementes pensamientos,  
calma que siembra la muerte  
y brota firme en el pecho.  
¿Qué es la hermosura? Una gasa  
que engalana un esqueleto  
y en mil pedazos se rompe  
al primer sopló del cierzo.

¿De qué la grandeza sirve  
si es impotente un imperio  
para impedir un instante  
que se desmorone un cuerpo?  
¿Que es la vida? Leve pompa  
de jabon que en su reflejo  
púrpura y oro parece  
y que se extingue en naciendo.

¿Así es todo lo creado?

¿No hay nada firme y eterno?

¿Ha de ser todo tinieblas  
en este triste destierro?

La luz cárdena de un rayo  
iluminó el aposento  
diciendo al pasar: observa,  
yo soy luz, nací en el cielo.

Majestüoso estampido  
los valles va recorriendo,  
voz sublime que recuerda  
que es infinito un acento,  
y tras muy breves instantes  
la ténue luz de un lucero  
dice: yo soy la esperanza  
gozosa de un día nuevo.

La aurora vierte sus perlas  
en las faldas de los cerros...

¡El dia!...¡El sol!...¡Otra vida!

¡Y todo viene del cielo!

.....

Al penetrar en la estancia  
unos cuantos caballeros,  
ante el Marqués sorprendidos  
quedan en mudo silencio.

Que pasó un siglo parece  
sobre sus ojos de fuego.  
Como las marchitas plantas  
están lácios sus cabellos;  
de cera y mármol las tintas  
tiene su rostro sereno;  
pero su voz vibra pura,  
late tranquilo su pecho,  
reza...sobre la materia  
levanta el alma su vuelo:  
la podredumbre del mundo  
es el crisol de los buenos.

.....

Ya el ataud en Granada  
descansa en marmóreo lecho.  
Cárlos paga con sus brazos  
del Marqués los sufrimientos.  
Toma su mano, y no tiembla;  
sus ojos estudia atento,  
y dícele: la paz tienes  
contigo. Dime qué has hecho  
para encontrar lo que busco  
inútilmente en el suelo.—  
Oid, Señor, de la muerte  
sentí en el alma el aliento;  
puso en mi sus frios lábios  
y en Dios mi ventura tengo.  
Pensativo queda el César,  
y al cabo de corto tiempo  
entre sí murmura: «En Yuste  
volveré á pensar en esto.»

J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1873.  
IMP. DE J. NOGUERA, Á CARGO DE M. MARTINEZ,  
Bordadores, 7.



El Príncipe D. Carlos.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1568.)

I

A grandes pasos midiendo  
la estancia régia y severa  
pálido el rostro, la frente  
que no agobió la diadema,  
por hondo pliegue surcada,  
y en la mirada siniestra  
de la entornada pupila  
revelando con fiera  
todo un mundo de rencores,  
el rey Felipe se encuentra.  
Negra ropilla de paño  
cubre la persona excelsa  
del gran monarca: de negro  
colgada la estancia régia

está tambien; negro el cielo  
presagiando lá tormenta;  
negra del rey está el alma,  
negra del rey la conciencia;  
negros son los pensamientos  
que agitan su mente inquieta.  
Tras el mármol de su frente,  
que adivinar nunca deja  
de su pensamiento oculto  
ni la emocion mas pequeña,  
de mil afectos distintos  
se traba ruda contienda;  
y allá en el fondo del alma  
ruje la borrasca fiera  
cuyas olas espumosas  
rompen la cárcel estrecha



del corazón, invadiendo  
la inteligencia serena....  
y cabeza y corazón,  
cual dos gigantes atletas,  
se retuercen, gimen, luchan  
con rudo afán, se golpean,  
y el padre y el rey en tanto  
con una calma siniestra,  
sin que nada á los extraños  
diga el semblante de cera,  
á este combate invisible  
que sus horas envenena  
asiste mudo y sombrío  
como una estatua de piedra.  
Del cariño paternal  
la afección sublime y tierna,  
el dulce amor de la esposa  
que es angelical y bella,  
altas razones de Estado,  
deberes de una fé ciega  
que hácia el católico culto  
el rey D. Felipe muestra...  
ódio, temores, y celos,  
todo en confusión revuelta  
dentro de su sér se agita  
¡y aquel coloso no tiembla!

## II

¿Qué se murmura en Palacio?  
¿Qué extrañas historias cuentan?  
Dicen que el Príncipe Carlos  
con una intención perversa,  
con los rebeldes de Flandes  
que audaces alzan bandera  
contra el Papa y contra el rey  
se liga en unión secreta.  
Y dicen también, muy bajo,  
moviendo apenas la lengua  
con el terror en el rostro  
y con la mirada inquieta,  
que es Isabel de Valois  
por demás cándida y bella,  
que al príncipe prometida  
para que su esposa fuera  
un tiempo estuvo, que Carlos  
sintió del amor la flecha.  
clavarse en mitad del alma  
por la hechicera princesa,  
y añaden que el rey lo sabe,

pues la corte lo sospecha,  
y una víctima señalan  
á la justicia severa  
del rey Felipe Segundo  
que no perdona una ofensa. ...  
¿Será verdad, ó calumnia  
lo que en palacio se cuenta?

## III

Oyese á poco en la estancia  
sordo rumor, y en la puerta  
la ropa talar vistiendo  
un clérigo se presenta.

—Adelante, cardenal,  
dice el rey, y su eminencia  
el cardenal Espinosa,  
que es lumbrera de la iglesia  
é inquisidor general,  
dando de respeto muestras  
avanza grave hasta el rey  
que humilde su mano besa.  
—¿Don Carlos?...  
—Señor, muy mal:

en su rebelde conciencia  
ni hallaron eco mis frases  
ni tiene entrada la enmienda. ...  
—Es decir?...  
—Todo es inútil

¡Rogad á Dios por su alteza!  
Vuestro médico Olivares,  
que es un portento de ciencia,  
desconfía y vé la muerte  
ya del enfermo muy cerca!  
Calló el cardenal. El rey  
la frente inclinó á la tierra,  
y con pavoroso acento  
y la voz queda, muy queda,  
al cardenal Espinosa  
fué hablando de esta manera.  
—¿Es decir que quedo absuelto;  
que el tribunal de conciencia  
que vos habeis presidido,  
al condenar á su alteza,  
absuelve al padre y al rey  
que su castigo tolera?  
¡Solo el servicio de Dios  
y el de mis reinos, pudiera  
hacerme padre insensible  
y rey justiciero! En prueba

de mi dolor, yo perdono  
los crímenes de su alteza  
y lloro sus desventuras  
al llegar su hora postrera!  
¡Sangre del Gran Cárlos Quinto  
tiene el príncipe en sus venas,  
sangre, que es también la mía,  
y que en esta horrible prueba  
dejo sangrar sin espanto  
por la patria y por la iglesia!  
Dios me absolverá en el cielo  
cual vos lo haceis en la tierra,  
nada temo, estoy tranquilo,  
como lo está mi conciencia!  
Apenas estas palabras  
el rey pronuncia, en la puerta  
con el rostro descompuesto  
Olivares se presenta.  
—¿Qué ha sucedido—afanoso  
el rey pregunta.

—Su alteza,  
contesta el doctor temblando,  
vá á morir, y antes desea  
ver á su padre!

—Pues vamos,  
dice el rey con entereza,  
y el cardenal y el doctor  
obedientes á una seña  
van siguiendo del monarca  
entrambos á dos las huellas.—

.....  
.....  
¡Que está absuelto dice el rey!  
y es que insensato no cuenta  
que el tribunal de la historia  
para juzgarle le espera!  
.....

#### IV

En una estancia sombría,  
en un lúgubre aposento  
por negra sembra invadido,  
sin aire, sin luz, sin fuego,  
el príncipe Carlos gime  
agonizando en su lecho.  
La muerte pálida y triste  
señala ya con su dedo  
aquella frente preñada  
de ambiciones y recuerdos.....

gira la pupila ansiosa  
rodando en los ojos ciegos,  
y un estertor pavoroso  
se escapa rompiendo el pecho...  
¡Todo está en calma profunda!  
¡Nada interrumpe el silencio  
de la transición sublime  
del ser al no ser! Gimiendo  
pero ahogando los sollozos,  
está con valor supremo  
don Rodrigo de Mendoza,  
el cumplido caballero,  
el servidor más leal  
que le queda al pobre enfermo.  
Perdido entre la penumbra,  
y en un ángulo desierto,  
del salón, el ojo fijo,  
y el oído muy atento  
se divisa un bulto, inmóvil,  
callado, grave, y austero.  
Es el de Évoli, magnate  
que espera el postrer momento,  
para dar aviso al rey  
de la *conclusion de aquello*.  
De pronto, como vision  
evocada del averno,  
en el marco de la puerta  
se destaca un bulto negro,  
más negro, que la penumbra  
que domina el aposento.....  
avanza con paso tardo  
y en cauteloso silencio,  
¡es el rey! ¡mármol parece  
su rostro triste y severo!  
Sin pronunciar una frase  
se acerca impávido al lecho,  
y al ver la muerte pintada  
con su fatídico sello  
en la frente de su hijo,  
súbito se aparta... el miedo  
se retrata en su semblante...  
¡Tal vez el remordimiento!  
Va á salir... y al tiempo mismo  
se escucha el acento trémulo  
del moribundo, una frase  
resbala en sus labios secos,  
y —¡padre!—dice en su angustia  
y ¡padre! repite el eco.  
Dobra el rey la altiva frente,  
estirando el brazo con miedo....

y el moribundo se agarra  
á su diestra con anhelo.  
Se acercan los cortesanos  
y el rey con adusto ceño  
de su lado les aparta  
imponiéndoles silencio.  
—Soy inocente—murmura  
el príncipe en tanto.—Muero,  
porque habeis pensado.....

—¡Calla!

dice Felipe, temiendo  
que el eco de aquellas frases  
puedan vender un secreto....  
—Vuestro perdon necesito,  
soy cristiano.... y caballero...  
si de ambicioso.... he pecado....  
¡me arrepiento ... me arrepiento!—  
Calló el Príncipe rendido  
por aquel postrer esfuerzo,  
un gemido prolongado  
lanzó en su postrer aliento,  
¡y se convirtió en la nada  
como de la nada hecho!

.....  
.....

Inclinó el rey la rodilla,

quitóse en calma el sombrero,  
los cortesanos tambien  
de rodillas se pusieron  
y con voz lenta y serena,  
y con reposado acento,  
comenzó el rey don Felipe  
una oracion por el muerto.

.....

Tenáz, inflexible y duro,  
el misterioso proceso  
de don Cárlos, llevó el rey  
á tan desgraciado término.  
La historia imparcial señala  
un verdugo con el dedo....  
sombras impalpables velan  
el fatídico suceso....  
¿Mató por razon de estado?  
¡Quizá!—¿Le mató por celos?  
¡Ninguno precisa el móvil  
del drama, pero es lo cierto  
que el drama fué! ¡Quién se atreve  
á penetrar los misterios  
de aquella conciencia negra,  
de aquel corazon de hielo!

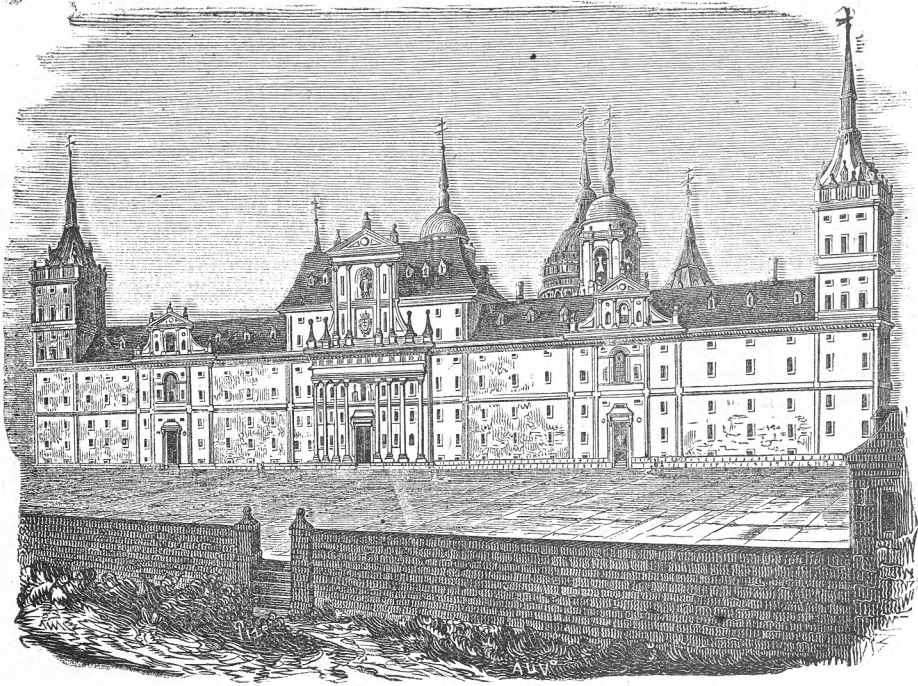
E. N. Y G.



**ES PROPIEDAD.**

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1873.  
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,  
Bordadores, 7.



## ¿Contra Dios ó contra el Rey?

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1577.)

I

Al pié de la altiva sierra  
cuyas cumbres azuladas  
el horizonte limitan  
de la capital de España,  
entre jarales y bosques  
ricos en arbustos y aguas,  
una fábrica gigante  
sienta la atrevida planta;  
y aunque no está concluida  
es tan hermosa y bizarra  
que, honra de un siglo y de un pueblo,  
será de Europa envidiada.

Al rey Felipe Segundo,  
á quien menguando su fama  
hace tres siglos que estudia  
sin comprenderle su pátria,  
se debe aquel monumento  
que al viajero anonada  
como de Ilión el recuerdo  
como las ruinas del Asia.  
Aquellos soberbios muros  
con elocuencia entrelazan  
de San Quintín y Lepanto  
las increíbles hazañas,  
tumba de reales cenizas  
las glorias del héroe hermanan